

La Monarquía Española y la sede vacante de 1676

The Spanish Monarchy and Vacant see of 1676

Julián J. Lozano Navarro

Universidad de Granada

jjlozano@ugr.es

Resumen: el presente trabajo aborda el período de la Sede Vacante que se abre en Roma en 1676 entre la muerte de Clemente X y la elección de Inocencio XI como papa. Un momento extremadamente delicado a nivel diplomático para las potencias católicas durante toda la Edad Moderna y especialmente en estos momentos para la Francia hegemónica de Luis XIV y la España en declive de Carlos II. En el Cónclave, en el que el Sacro Colegio elige al nuevo pontífice, luchan y negocian entre sí todo tipo de intereses políticos y económicos. Por la parte española destaca la participación en el difícil proceso de elección de dos personalidades enfrentadas entre sí: los cardenales Portocarrero y Nithard, este último embajador de España en Roma.

Palabras clave: Diplomacia, Iglesia Católica, España, Francia, Roma, facciones, Sede Vacante, 1676, Papa, cardenal Nithard, cardenal Portocarrero.

Abstract: This paper studies the period of the *Vacant See* opens in Rome in 1676 between the death of Clement X, an Innocent XI's election as pope. A diplomatically-highly sensitive time, for the catholic powers throughout Modern times and, especially, in these times for the hegemonic France of Louis XIV and the declining Spain of Charles II. In the *Conclave*, in which the *Sacro Collegio* elects the new pope, we can find fights and negotiations between all kinds of political and economic interests. On the Spanish side the difficult process of the pope's election was starried by two important persons facing each other: the cardinals Portocarrero and Nithard, the ambassador of Spain in Rome.

Key words: Diplomacy, Catholic Church, Spain, France, Rome, factions, Vacant See, 1676, Pope, cardinal Nithard, cardinal Portocarrero.

Roma, 22 de julio de 1676. Clemente X recibe en su lecho de muerte en el palacio del Quirinal a los cardenales que se encuentran en Roma y a la reina Cristina de Suecia, instalada en la capital del catolicismo desde diciembre de 1655. Tras confirmarse su defunción, se da orden de hacer sonar la campana del Campidoglio, signo que daba a conocer a la Ciudad Eterna la desaparición del pontífice. Un hecho que, sin lugar a dudas, tenía – y aún tiene- una enorme trascendencia para el orbe católico. A nivel espiritual, por descontado, pues la Iglesia era dueña absoluta de conductas y mentalidades en estos momentos en los que la Contrarreforma iniciaba su largo camino de decadencia. Pero también en el ámbito político. En primer lugar, porque Roma y los Estados Pontificios acaban de perder a su soberano temporal. En segundo, porque toca a la familia del papa –en este caso los Paluzzi, que pasaron a llamarse Altieri tras ser adoptados por Clemente X- culminar estrategias diseñadas con antelación en espera del hecho inevitable que ahora acontece. Maniobras que, en definitiva, permitan al nepote y a los aristocráticos miembros laicos de la estirpe del difunto consolidar lo conseguido durante los seis años de pontificado. Tanto desde el punto de vista puramente material como en lo que a influencia política se refiere, claro está. En tercero porque, como es de sobra conocido, en Roma, capital de la diplomacia durante buena parte del Antiguo Régimen¹, se dirime desde hace mucho entre España y Francia la lucha por la hegemonía en la Europa católica. Lo que, en estos momentos, significa aún prácticamente lo mismo que decir la supremacía en el mundo.

Pese a que la contingencia de la muerte del vicario de Cristo estaba siempre presente² –siempre fue la pauta que subieran al Solio hombres de edad bien avanzada-, la noticia caía como un mazazo en la capital de la Cristiandad. Podemos imaginar los silencios, los murmullos, las esperanzas frustradas, las estrellas ascendentes y descendentes, las meditaciones y pacientes venganzas, incluso. Un día lleno de carreras nerviosas, de carruajes vistos en lugares que pocos hubieran podido sospechar el día anterior, de secretas reuniones, de incógnitos por todos sospechados, de mensajes cifrados, de visitas furtivas y de rumores de todo tipo. Un momento en el que las grandes potencias se disponen a mover sus peones, cuidadosamente preparados con

¹ Consúltense en este sentido la obra de Gianvittorio SIGNOROTTO y Maria Antonietta VISCEGLIA, (eds.), *La corte di Roma tra Cinque e Seicento Teatro della politica europea*, Bulzoni, Roma, 1998.

² La de Clemente X llevaba considerándose al menos desde 1672, existiendo informes sobre los candidatos a los que se atribuían mejores perspectivas de sucederle. Como es natural imaginar, cuatro años más tarde algunos de ellos habían muerto; y otros que apenas habían sido considerados ocupaban ahora el primer plano en la expectativas de muchos, cfr. Ludwig VON PASTOR, *Historia de los papas en la época de la Monarquía Absoluta*, Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona, 1952, vol. XXXII, pág. 1.

antelación. Se acerca la hora de la verdad, la hora de conocer si tantos y tantos regalos, pensiones, mercedes, presiones de toda índole, tendrán el fruto deseado por las Cortes Católica y Cristianísima: la elección de un sucesor de san Pedro que les sea favorable. O que al menos, como mal menor, no les sea demasiado contrario. Por si todo lo anterior no hubiera dado los frutos deseados y el escenario fuera el de un candidato abiertamente hostil y con muchos apoyos, Francia, España y el Emperador disponen de una herramienta defensiva dentro del Cónclave: el *Ius Exclusivae*, conocido como la *Exclusiva*. O, lo que es lo mismo, su derecho a excluir a un candidato de la elección³.

Como podemos imaginar, en pocos momentos como éste cobra mayor importancia la figura del embajador ante la Santa Sede. Evidentemente, porque es mucho lo que depende de su rapidez de reacción, inteligencia política, capacidad de liderazgo, posibilidades económicas y habilidad para haber conseguido crear a su alrededor sólidas clientelas nobiliarias y eclesiásticas en los años anteriores⁴. Posicionar un diplomático torpe o incapaz en Roma podía ser siempre fatal para los intereses de cualquier potencia europea. Mucho más, es claro, en un período tan crítico como el que ahora se abre. Es por ello que las Cortes católicas nunca descuidan un cargo tan importante para su poder y prestigio, encargándolo a nobles de primerísima fila o a eclesiásticos del más alto nivel. Con una experiencia política más que contrastada unos y otros, por supuesto. Sin embargo, en este verano de 1676 las cosas no son como acabo de decir. O, lo que es lo mismo, como deberían ser. Fundamentalmente, porque la situación es francamente anormal en la embajada española. Quien la ocupa es, desde luego, un cardenal. Pero no es un cardenal al uso, sino un ex jesuita, ex inquisidor general, ex confesor y ex valido de la reina gobernadora Mariana de Austria. Un personaje que debe su presencia en Roma no a su reputación o a su esperable talento para la diplomacia, sino a una crisis política de primera magnitud que le apartó violentamente del poder en 1669. Estoy hablando, naturalmente, del cardenal Nidardo. O, lo que es lo mismo, del padre Juan Everardo Nithard.

³ Un derecho utilizado por última vez en 1903 por el emperador Francisco José de Austria, Rudolph LILL, *Il potere dei papi. Dall'età Moderna a oggi*, Roma, 2006, pág. 25.

⁴ Debe recordarse que, en este sentido, la facción española estaba formada no sólo por una serie de cardenales afectos a la corona, sino además por un enorme grupo de personas españolas e italianas de los rangos sociales más diversos, pero implicados todos ellos de una u otra forma en un intercambio de servicios directo o indirecto con el rey Católico. La facción estaba capitaneada por los embajadores españoles, encargados, además de su rol esencial, de conseguir nuevas lealtades para la Corona y afianzar las ya existentes, Thomas J. DANDELET, *La Roma española, 1500-1700*, Crítica, Barcelona, 2002, págs. 157-159.

El confesor y valido de la reina Mariana se había instalado en Roma tras su salida poco honrosa de España. Una verdadera huída por la puerta falsa, podríamos decir, motivada por la presión ejercida por don Juan José de Austria. Lo que no quiere decir que no se intentaran salvar las apariencias, al menos en la medida de lo posible. Así, de cara a la galería, la soberana dejó marchar a Nithard a petición de él mismo. Mientras, las gestiones del emperador y del nuncio papal Federico Borromeo –que temieron incluso el estallido de una guerra civil y que no vieron conveniente comprometerse demasiado apoyando al confesor real- le valieron la embajada ordinaria ante la Santa Sede e incluso la promesa de un capelo cardenalicio.

Con antecedentes como estos, podemos imaginar que la presencia de Nithard en Roma se constituya rápidamente en un serio quebradero de cabeza para Madrid. En primer lugar porque, como es lógico suponer, el jesuita no ha dejado muchos amigos entre quienes controlan el gobierno de la Monarquía Católica. Así, desde el Consejo se reitera que preferirían al ex confesor en Viena y que embajada tan delicada como la romana estuviera ocupada por un diplomático con mayor capacidad política. O con más dobleces, como dice el marqués de Astorga a la reina, instando a Nithard “a que mude su asistencia fuera de esta Corte, como V.M. se lo tiene mandado y de nuevo se lo manda, dejando a su arbitrio el pasarse a Alemania o a otra parte que sea de su satisfacción”⁵.

El nuevo cargo del padre Everardo, por si fuera poco, genera desde el primer momento tirantezas entre Madrid y la Santa Sede por cuestiones protocolarias, pues un simple jesuita no es acreedor del título de señoría, ni de ilustrísima. Y un embajador de España no podía tener un tratamiento que lo situara por debajo del de las demás potencias, especialmente del de Francia. Informado de cuestión tan delicada, Clemente IX no se muestra nunca demasiado colaborador a la hora de remediar el problema. Y eso que era tenido por partidario de España debido a su estancia en Madrid como nuncio apostólico entre 1644 y 1652⁶. Clemente X, que le sucede el 29 de abril de 1670, muestra en cambio un talante más conciliador y concede a Nithard un arzobispado *in partibus infidelium*, el de Edesa de Siria. Lo que, aunque siga siendo considerado

⁵ Archivo General de Simancas, *Estado, Roma*, leg. 3113. El marqués de Astorga a la reina, Roma, 19 de septiembre de 1669.

⁶ Raffaella PILO GALISAI, “España y Roma. Conflicto político e intervención diplomática durante la minoría de Carlos II”, en Porfirio SANZ CAMAÑES (coord.), *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*, Silex, Madrid, 2005, pág. 618.

insuficiente, al menos le permitirá ocupar un puesto más decoroso en el marco de la etiqueta cortesana pontificia.

Lejos de ser una solución, la proyectada archidiócesis del padre Everardo genera nuevos engorros. Fundamentalmente, porque el prepósito general de la Compañía de Jesús, a la sazón Juan Pablo Oliva, se resiste a otorgar su imprescindible licencia⁷. Después de un intenso tira y afloja, el padre Oliva, mediante la intermediación del cardenal nepote Altieri, propone una solución que parece aceptable: Nithard podrá tener una mitra porque así lo quieren la reina de España y el papa; pero a partir de ese momento se le considerará en público salido de la Compañía⁸. Algo que no deja de ser un alivio para la orden ignaciana, ya escarmentada y siempre temerosa del escándalo en que puede envolverla la espinosa cuestión Nithard. La salida de la orden del padre Everardo, así pues, tampoco debió sentirse como una gran pérdida. Sobre todo si tenemos en cuenta de las informaciones recibidas por el general desde años atrás de parte de algunos jesuitas del Colegio Imperial de Madrid. Quienes afirmaban sin tapujos que “muchos han puesto ya en duda de que el talento del sujeto nos es del tamaño que lo imaginaban”⁹.

La medida tomada, pese a todo, sigue sin convencer en Madrid. Me queda claro a través de la documentación que he consultado que esto es, en primer lugar –ya lo he dicho- porque no se considera al ex jesuita como la persona idónea para un cargo tan clave. En segundo, por su categoría social, algo que no soluciona siquiera que ya pueda tratársele de ilustrísima¹⁰. Pero antes que nada, el peligro para España es que, por una

⁷ Pese a algunas excepciones, los jesuitas nunca fueron partidarios de que los miembros de la orden fueran designados para dignidades dentro de la iglesia, incluyendo obispados, arzobispados y cardenalatos. Un buen ejemplo de lo que digo lo da el general Mucio Vitelleschi en 1630 ante el intento de Felipe IV de hacer obispo al padre Hernando de Salazar, confesor del Conde Duque. El general representa que “a todos los que profesamos este instituto nos ha afligido grandemente por repugnar tanto a él y a sus empleos y ministerios, por lo qual nuestro Santo Fundador nos la prohibió en sus Constituciones y nos mandó hacer voto de inhabilitarnos a ello, la qual tenemos por cosa tan sustancial, que el abrirse esta puerta la juzgamos por menoscabo y ruina de nuestra disciplina religiosa”, *Archivo Romano S.I., (ARSI) HISP. 70, EPIST. GENER., 1594-1640*, fols. 226v-227. Carta del general Vitelleschi al padre Hernando Salazar, Roma, 22 de enero de 1630.

⁸ *ARSI, HIST. SOC. 55 (I), DE REBUS CARD. NIDARDI, 1666-1680*, fols. 32 y 35r-35v. Cartas del padre Oliva al cardenal Altieri, Roma, septiembre de 1671.

⁹ *ARSI, HISP. 92*, fols. 43v-44r. Carta del padre Jacinto Pérez al general Juan Pablo Oliva, Madrid, 28 de noviembre de 1665.

¹⁰ Los embajadores normalmente pertenecían a la más alta nobleza. Por ejemplo, cuando se habla de enviar a don Baltasar de Zúñiga a Roma en 1603 en lugar del duque de Sesa, el nuncio en Madrid escribe que no lo cree, “perchè, se bene è cavaliero principale, non è però tiulato”, cfr. S. GIORDANO (dir.), *Istruzioni di Filippo III ai suoi ambasciatori a Roma, 1598-1621*, Roma, Ministero per i Beni e le Attività

cosa o por otra, los negocios de la embajada romana queden desatendidos. Es por ello que, a más no poder, se decide que Nithard sea considerado exclusivamente embajador extraordinario y que el ordinario sea don Gaspar de Haro y Guzmán, marqués del Carpio, a quien sus asuntos retienen de momento en espera de embarcar hacia Italia. La única razón que transforma la embajada del hasta entonces jesuita en una realidad, por tanto, es la tardanza del marqués en ocupar su puesto. Y es que bien podría ser que en Madrid se considerara que era mejor tener a Nithard como embajador que no tener ninguno. El flamante arzobispo de Edesa, en consecuencia, será designado embajador ordinario en ínterin en 1671.

El arzobispado, como podemos imaginar, sigue siendo considerado insuficiente para un embajador de España. El siguiente paso, naturalmente, es el cardenalato. Lo malo es que Clemente X, como ya hizo su antecesor, se hace de rogar a la hora de otorgar el capelo a Nithard. Entre otras cosas, porque la poca altura política del personaje era de sobra conocida en la Corte pontificia desde tiempo atrás¹¹. La reina Mariana tiene incluso que escribir al nepote manifestándole “mi pena de particular dolor, ver que lo que con tanta instancia y justos motivos he suplicado a Su Beatitud en orden a esta gracia se alle menos adelantado en su santo ánimo de lo que yo deseo y devo prometerme de su suma rectitud y de vuestros buenos oficios”¹².

El papa finalmente concederá a Nithard el ansiado capelo cardenalicio el 25 de mayo de 1672. Me atrevo a decir que es a partir de este momento cuando comienza la verdadera labor de Nithard como embajador. Una tarea nada fácil habida cuenta de algo que, en mi opinión, es fundamental: no cuenta ni con el apoyo de la Corte española ni del Consejo de Estado, dominados ambos por la facción que le envió al exilio¹³. Una

Culturali, Dipartimento per i Beni Archivistici e Librari, Direzione Generale per gli Archivi, 2006, p. LXXXI.

¹¹ Vitaliano Visconti Borromeo, nuncio en Madrid durante la época del valimiento de Nithard, manifestó al entonces papa “el estado pésimo de esta Corte, la incapacidad de la reina al mando, su credulidad al confesor, inexperto en el gobierno, la falta de cuidado que se emplea en la buena educación del rey, el desprecio a los sujetos buenos y máxime al señor conde de Castrillo, apartado con poca reputación, la elección del nuevo presidente de Castilla, inhábil para tal cargo... la desunión en el Consejo Real y en la Junta” y, por si fuera poco, “disgustados los nobles y la plebe”, *Archivio Segreto Vaticano (ASV). Segreteria di Stato, Spagna*, 136, fol. 271. El nuncio Visconti al papa, Madrid, 13 de octubre de 1668.

¹² ASV. *Segreteria di Stato, Lettere di principi*, vol. 97. Madrid, 19 de diciembre de 1671.

¹³ No en vano su valimiento constituyó una fractura respecto a los precedentes, caracterizados por una relación política entre el monarca y los grandes que abría para los segundos la oportunidad de participar de amplias cuotas de poder. Nada que ver, en consecuencia, con la privanza de un jesuita austríaco de

cuestión que se traducirá, sin ir más lejos, en las constantes reprimendas y desautorizaciones que le llegarán desde Madrid. Tampoco dispone ya del favor del general de la Compañía de Jesús, algo que le hubiera sido de extrema utilidad en la capital del catolicismo. Pero eso no es todo. Se hace evidente que -antipatías políticas al margen- cortesanos, ministros y jesuitas le consideran una persona poco adecuada para ocuparse de asuntos de Estado debido a su más que mediocre proceder durante la época de su valimiento en España.

Comencé este trabajo diciendo que la muerte del papa solía ser un acontecimiento esperado con bastante antelación. Lo es sin ningún género de dudas en este caso debido a la larga agonía de Clemente X. De hecho, Nithard lleva alertando a la Corte española sobre la grave enfermedad de gota del papa al menos desde 1672, escribiendo que el anciano pontífice “empieza a tener achaques, habiendo padecido estos días una fluxión que le ha devilitado mucho, y se duda que las funciones de la Semana Santa las haga en San Pedro como es estilo”. Pensaba que las cosas podían ir a peor de modo inmediato con la llegada del buen tiempo, ya que “siendo el calor muy contrario a su salud puede temerse este verano alguna novedad”. Lo que el inexperto embajador pide es que se le envíen instrucciones para saber cómo actuar ante lo que cree inminente deceso, viendo fundamental para el “Real servicio de Vuestra Majestad que yo esté informado de su Real ánimo, siendo imposible sin esta circunstancia acertar en lo que tanto combiene a esta Corona”¹⁴. El papa, contra sus pronósticos, se recupera “y sólo se queja de la debilidad de las rodillas, que las tiene inchadas”. Sin embargo, Nithard sigue sin tener muchas esperanzas en esa salud renovada, escribiendo a continuación en cifra “que infieren algunos podría parar este mal a hidropesía y no ser muy larga su vida”¹⁵.

Ante las noticias del embajador extraordinario, el Consejo comienza a tomar decisiones para poder actuar ante la contingencia repentina de un período de Sede vacante. En primer lugar, debe decidir quién tendrá la voz del rey de España en el futuro Cónclave. El cardenal que tenía la voz o, lo que es lo mismo, el que representaba más directamente los intereses del rey, era siempre, como puede imaginarse, alguien que

humilde origen, algo que la gran nobleza sólo consintió con desagrado, cfr. Adolfo CARRASCO MARTÍNEZ, “Los grandes, el poder y la cultura política de la nobleza en el reinado de Carlos II”, *Studia Historica*, 20, 1999, pp. 92-93.

¹⁴ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3046. Carta de Nithard a la reina Mariana de Austria, Roma, 9 de abril de 1672.

¹⁵ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3047. Carta de Nithard a la reina, Roma, 18 de noviembre de 1673.

contaba con toda la confianza de la Corte. Es por ello que, normalmente, fuera español. Algo que, dados los medios de transporte de la época, no siempre era posible. Por poner un ejemplo, los cardenales Leopoldo y Carlos de Médicis tuvieron respectivamente la voz en los dos cónclaves anteriores por no haber en Roma en aquellos momentos cardenal español para hacerlo¹⁶. En 1676 no es el caso, pues hay dos españoles en Roma: Luis Manuel Fernández Portocarrero y el embajador Everardo Nithard, español a todos los efectos por haber sido naturalizado como tal tras la muerte de Felipe IV en 1665¹⁷.

Lo malo es que la presencia simultánea de Nithard y Portocarrero, lejos de ser la ventaja que aparenta, no es sino el anuncio de nuevas dificultades. En primer lugar, debido a la clara enemistad política que existe entre ambos. La razón evidente es que la casa de Palma, linaje al que pertenece Portocarrero, apoyó siempre que pudo a don Juan José de Austria en contra de la privanza del confesor real¹⁸. Además, tras a partida hacia el exilio del valido de la reina Mariana, Portocarrero tuvo problemas con la regente en el marco de la discusión por la propuesta que debía presentarse al papa para la elección de nuevos cardenales. La reina, naturalmente, quería a Nithard en la próxima promoción. El Consejo, en cambio, le excluyó en beneficio de Portocarrero, promovido por el papa en agosto de 1669¹⁹. Pero es que, además, la enemistad entre los dos cardenales es tan sólo una expresión de algo mucho más grave: el desorden y la división que impera en Madrid en estos días. Así, Nithard es apoyado por la reina, que trata siempre de torpedear las aspiraciones de la familia de Portocarrero²⁰. Quién, por contra, es protegido por el Consejo, que dispone que sea Portocarrero quien tenga la voz. Una decisión que me parece una muestra clara de la absoluta falta de confianza de quienes manejan el gobierno madrileño en Nithard y de la evidente pérdida de capacidad de

¹⁶ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3049. Consulta del Consejo, Madrid, 18 de mayo de 1675.

¹⁷ Mariana de Austria tuvo que pedir la naturalización de Nithard a cada ciudad con voto. Superada la oposición de Córdoba, Ávila y Granada, Nithard fue declarado español por decreto de 20 de septiembre de 1666, véase al respecto Julián J. LOZANO NAVARRO, *La Compañía de Jesús y el poder en la España de los Austrias*, Cátedra, Madrid, 2005, especialmente las págs. 304-314.

¹⁸ Véase Antonio Ramón PEÑA IZQUIERDO, *La Casa de Palma, la familia Portocarrero en el gobierno de los Monarquía Hispánica (1665-1700)*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba y CajaSur, Córdoba, 2004, pág. 155.

¹⁹ *Ibid.*, pág. 156.

²⁰ Para apartar a Portocarrero de la archidiócesis de Toledo y de la Corte, la reina intenta hacerlo arzobispo de Granada en 1669. Algo a lo que el ya cardenal se niega alegando su necesidad de acudir a Roma para asistir al Cónclave de 1670, *ibid.*, pág. 172. La enemistad de la regente es clara, y durante la privanza de Valenzuela se ensalza con todo tipo de mercedes a la Casa de Aguilar, una de las máximas enemigas de la de Palma, *ibid.*, pág. 174.

maniobra política de la reina Mariana, cada vez más mediatizada por los partidarios de Don Juan José de Austria.

Precisamente todos estos problemas preocupan sobremanera al Consejo, temeroso de que el óbito de Clemente X se produzca antes de que la embajada esté a cargo del marqués del Carpio, un diplomático *de capa y espada* y hombre ajeno a estos tejemanejes entre cardenales. Lo deja muy claro el almirante de Castilla cuando se tiene confirmación de la defunción del papa, comunicada a la Corte española por el nepote Gaspar Altieri el 25 de julio de 1676, al afirmar que “no puede haver sucedido la muerte de Su Santidad en peor coyuntura, así por la poca providencia que ay en Roma como por la dificultad de darse con la brevedad que conviene”. Se recuerda al embajador Nithard que tiene por escrito una instrucción secreta para orientarse, que se debe dejar que “la elección de Sumo Pontífice se haga dejando obrar en ella al Sacro Colegio con toda libertad, coadyuvando devajo deste principal presupuesto por parte de V.M. con todos los medios honestos naturales y permitidos a la asunción del más benemérito”. Pero prefiriendo siempre, claro está, “al que, sobre las calidades dignas, tubiere más prendas de obligación y adherencia a esta Corona”²¹.

El problema es que Nithard, como cardenal que es, tendrá que entrar en el Cónclave, lo que dejaría la sede diplomática desatendida. Por idéntica razón tampoco puede contarse con Portocarrero. Es por ello que desde Madrid se dispone que los negocios de la embajada queden en manos del secretario, el célebre erudito don Nicolás Antonio²². El almirante de Castilla, en nombre del Consejo, confía en su inteligencia. Pero, a sabiendas de que estará “desnudo de la autoridad y estimación que es menester para negocio tan grave”, se decide el inmediato traslado desde Milán a la Ciudad Eterna del conde de Melgar, hijo del almirante y amigo del cardenal Portocarrero, en calidad de embajador extraordinario. Lo que se trata de evitar a toda costa con esta maniobra es el

²¹ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3052. Consulta del Consejo, Madrid, 14 de agosto de 1676.

²² Nacido en Sevilla en 1617, estudió jurisprudencia en la Universidad de Salamanca. Presbítero y caballero de Santiago, “a los quarenta y dos años de su edad fue enviado a Roma por el señor don Felipe IV como agente general de España, en cuyo empleo hizo notorio su talento circunspección y cordura no sólo en los negocios de este ramo, sino en los de Nápoles, Milán y Sicilia y los del tribunal de la Inquisición, mereciendo en todos la general aprobación”. Gran erudito, “concibió el difícilísimo proyecto de formar un índice de todos los literatos españoles antiguos y modernos”. Permaneció en la embajada romana hasta el año 1677, dedicándose, además de a los negocios diplomáticos, a “perfeccionar su excelente Biblioteca nueva de los Autores Españoles desde 1500 hasta 1670, cuya publicación asombró á todos los eruditos”. Llegó a ser canónigo de Sevilla. Ya e en España, Carlos II le nombró consejero de Cruzada, “en cuyo empleo vivió hasta el año de 1684, en que concluyó la carrera de su vida uno de los Sabios más completos que produjo España”, *Retratos de los españoles ilustres con un epítome de sus vidas*, Imprenta Real de Madrid, 1791, sin paginar.

“desamparo grande en que se halla la Corona en la Corte de Roma de ministros a vista de un embajador de Francia y cardenal de Estrés tan violentos y mañosos”²³. Este temor es tan fundado, que se sabe incluso que algún cardenal ha llegado a decir, con fina ironía, que el Espíritu Santo solía ser una paloma, pero que ahora se transformaría en un gallo (el símbolo de la Galia)²⁴. La situación es tan grave que desde Madrid se quiere incluso cambiar la que ha sido su política habitual ante cada elección: “que se procure papa muy viejo”. Por el contrario, se ve como algo “muy del servicio de Dios y de Vuestra Majestad que fuese elegido uno de madura edad y de brío para fomentar una liga en Italia, que es lo que oy más podría importar...”²⁵.

¿Cuál es la naturaleza de esa hipotética liga que pretende crear España con el beneplácito de un papa adecuadamente inclinado a la cooperación? Nada menos que una unión de todos los soberanos de la península italiana, incluidos el papa y el rey Católico, en una alianza defensiva contra Francia, a la que se acusa de agresión como patrocinadora de los rebeldes de Mesina, levantados contra Carlos II desde 1674. Las continuas peticiones de ayuda de Madrid a Clemente X en este sentido habían sido permanentemente desatendidos por el papa, que había negado cualquier apoyo aduciendo ser padre de todos, y que no podía dar socorro a cristianos contra cristianos, aunque fuesen rebeldes, en opinión de Nithard, “como si el glorioso título de padre común podía o debía patrocinar a los que se rebelen contra su príncipe natural”²⁶. Por si esto no fuera suficiente, el papa concede a la armada francesa fondear en Civitavecchia. Mientras, el nepote Altieri – que trata de asegurarse su futuro cuando el papa falte²⁷ - les permite sacar grano desde el puerto de Ancona para socorro de los rebeldes sicilianos.

²³ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3052. Consulta del Consejo, Madrid, 14 de agosto de 1676.

²⁴ Frederick J. BAUMGARTNER, *Behind locked doors. A History of Papal elections*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2003, págs. 161-162.

²⁵ Ante el apuro, el Consejo opina que en esta ocasión no se intente captar al papa antes de que suba al Solio, sino que se establezcan con habilidad “los medios de ganarle después de elegido, pues siempre hemos descuidado para perderle después de lo que nos costó su aclamación”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3052. Consulta del Consejo, Madrid, 14 de agosto de 1676.

²⁶ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3048, Nithard al marqués de Astorga, Roma, 11 de agosto de 1674. Astorga, virrey de Nápoles, vuelve a intentarlo con el papa recordándole la defensa de los reyes de España a la Iglesia y tratando de que tome parte en defensa de sus propios intereses, recordándole que debe «tener muy presente las cercanía del estado de la Santa Sede Apostólica» y presentando a los rebeldes como culpables de armar «a los religiosos para fomento de aquel pueblo, profanando los sagrados templos, despojándolos de los ornamentos y plata», *ibid.* El marqués al papa, Nápoles, 18 de agosto de 1674.

²⁷ Desde muy pronto Nithard daba noticia de que el nepote Altieri, “viéndose malquisto de casi todo el Sacro Colegio y desamparado de sus mismas criaturas por su mal gobierno, variable y inconstante genio, y temiendo lo que le podría suceder muriendo el Papa, de tan crecida edad, trata de unirse con franceses y esquadronistas, en cuya composición se ha visto estos días algunos muy especiales favores que les ha hecho, dando que pensar y sospechar mucho a los cabos de facciones y bien afectos a la corona Católica”, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3047, Nithard a la reina, Roma, 31 de diciembre de 1673.

Esto último, aun a costa de provocar revueltas en Roma debido a la consiguiente carestía y encarecimiento del precio del trigo²⁸. En Madrid, como es natural, la noticia de acontecimientos como éstos causa una enorme indignación. Se desea a toda costa que este comportamiento romano acabe y que se pueda sofocar lo más rápidamente posible una revuelta que, con el apoyo del sempiterno enemigo francés, amenaza con extenderse por toda Sicilia e incluso por el reino de Nápoles²⁹.

Pero volvamos a Roma. Como podemos imaginar, la actividad de la embajada española debió ser febril desde el mismo momento en el que llegó la noticia de la muerte de Clemente X. Lo demuestra sobradamente, en mi opinión, la envergadura del memorial que el cardenal Nithard envía a Madrid tan sólo tres días más tarde. Nos encontramos ante un documento estructurado en dos partes y del que, si no me equivoco, el autor es el mismo Nithard. La primera, muy breve, consiste tan sólo en un listado de los cardenales del Sacro Colegio ordenados según el pontífice que los creó³⁰.

Los documentos que forman la segunda parte y el auténtico grueso del memorial constituyen en sí mismos un magnífico testimonio acerca de cómo era considerado cada miembro del Colegio cardenalicio desde la óptica de la diplomacia española en Roma. O, lo que es lo mismo, como eran percibidos en función de su amistad o enemistad respecto a la Corona Católica. Me parece de sumo interés hacer un recorrido por el mismo prestando atención a los personajes más destacados para que, de este modo, pueda tenerse una visión más completa de las estrategias diseñadas desde la embajada

²⁸ Nithard declara que el papa «por su natural dejado o por su grave edad poco aplicado al gobierno» lo deja todo «a la disposición y voluntad del cardenal Altieri, el qual, valiéndose de esta autoridad, se aplica mayormente a hacer su negocio, ensalzar su casa y enriquecer sus parientes de manera que después (según piensa) no haya menester a nadie, en que puede ser que se engañe, como sucedió a los Barberinos en tiempo de Inocencio X», AGS, *Estado: Roma*, leg. 3051, Nithard al rey, Roma, 7 de marzo de 1676.

²⁹ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3058. Nithard a la reina, Roma, 20 de octubre de 1674. Sobre el desarrollo de la revuelta mesinesa, consúltese Luis Antonio Ribot García, *La revuelta antiespañola de Mesina. Causas y antecedentes (1591-1674)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1982.

³⁰ Aparecen en primer lugar, clasificados como “creaturas de Urbano VIII” los cardenales Barberini – naturalmente- Ilderico Carpegna, Gabrieli, Orsini, Facchinetti, Grimaldi y Rosseti. Como creaturas de Inocencio X, Ludovisi, Cybo, Odescalchi, Raggi, Retz, Omodei, Ottoboni, Albizzi, Pío, Maidalchini, Hesse, Carlo Barberini y Azzolino. Como criaturas de Alejandro VII, Guisi, Buonvisi, Bichi, Franzoni, Vidoni, Barbarigo, Aragón, Buoncompagni, Litta, Corsini, Bonelli, Piccolomini, Carafa, Altieri –Paluzzi antes de ser adoptado por Clemente X- Conti, Nini, Spinola, Caracciolo, Delfini. y Savelli. De Clemente IX, Rospigliosi, Bouillon, Portocarrero, Cerri, Pallavicini, Chigi, Acciaioli y Buonaccorsi. Por último, los más recientes, correspondientes al último pontificado: Massimo, Gaspar Carpegna, d'Estrées – hermano del embajador de Francia-, Badem, el propio Nithard, Bonzi, San Sisto (un Orsini di Gravina), Colonna, Nerli, Gastaldi, Crescenzi, Marescotti, Rocci, Albizzi, Spada, Norfolk, Rospigliosi, Casanate y Basadonna. Es de destacar que Nithard se olvida de uno en su listado: Carlos Pio de Saboya, AGS, *Estado: Roma*, leg. 3052, sin foliar.

para esta época de Sede Vacante y en quién de entre los cardenales se ponen las esperanzas y se apuesta, en definitiva, como sucesor del difunto Clemente X.

El memorial comienza refiriéndose a Francisco Barberini, sobrino de Urbano VIII, de tan aciaga memoria para España. Se le descarta rápidamente debido a que tiene un “natural sumamente imperfecto y su modo de hablar no es inteligente”. Se le considera además públicamente como alguien que sólo busca conseguir sus intereses personales “procurando siempre cubrir sus propias conveniencias con el manto del servicio de Dios y un zelo grande a la Sede Apostólica”. Tampoco se pone en consideración a Ilderico Carpegna *el viejo*, del que el Barberini es enemigo más o menos encubierto³¹.

Del cardenal Giulio Gabrielli se dice que “tiene pocas letras y menos estimación y mérito”. Se le considera “tan asido al interés, que por poca suma de dinero se ha dado siempre a conocer como hombre de ánimo vil y avaro”. Para, acto seguido, añadir que “ninguno piensa en hacerlo nunca papa, antes vive en gran descrédito”. De Cesare Facchinetti se destaca que no es “sincero en su modo de tratar, y que está lleno de artificios y rodeos con los quáles se persuade engañar los amigos”, y que el cardenal Barberini “rebolberá el Cónclave para hacerle papa”.

Del cardenal Guisi se dice que los franceses están ofendidos con él y que han prometido usar su veto contra él llegado el caso. Pero él se las promete muy felices jugando a dos barajas, pues por un lado “supone que los españoles lo favorecerán con eficacia” y por otro “piensa haver ganado la voluntad del embaxador de Francia y su hermano por la amistad que estos tienen con el príncipe Panphilio su sobrino, y cada día da a conocer más su inclinación y genio francés. Su maniobra es tan conocida que en la embajada española se piensa que “así los españoles como los franceses mostrarán por ahora de quererlo papa en apariencia, pero después, dentro del Cónclave, le serán todos contrarios”.

El informe continúa con el cardenal Alderano Cybo, hombre duro, riguroso y obstinado pero “de buenas costumbres, no habiéndosele conocido jamás el más mínimo escándalo”. Su principal defecto es que “no tiene gran conocimiento de los negociados e intereses de los príncipes”. El cardenal “se persuade que los españoles le ayudarán con toda eficacia en recompensa de haver profesado siempre su Casa particular afecto a la

³¹ AGS, *Estado: Roma*, leg. 3052, sin foliar. Las páginas que siguen hasta la siguiente nota pertenecen al mismo memorial, que prefiero no citar constantemente a fin de evitar lo que me parece una innecesaria reiteración. Nota del Autor.

corona Católica, y en esa suposición procura y usa toda diligencia para ganar también la voluntad de los franceses”. Barberini, Guisi y Rospigliosi le apoyan para oponerse al hasta ese momento nepote Altieri.

Francesco Albizzi, por su parte, tiene consideración de “doctísimo, y tiene gran noticia de las cosas eclesiásticas, pero es tan venal que vive en gran descrédito, y siendo opinión común en la Corte haber recibido en los tiempos pasados dinero de las dos coronas de España y Francia, ninguna de ellas se fiará de él... siendo tenido por moralmente imposible su exaltación”.

Girolamo Buonvisi es calificado como “un cardenal muy digno, no menos por la capacidad, virtud y prudencia, que por tener un modo de negociar tan suave y agradable que se lleva el afecto y benevolencia de todos los que tratan con él”. Podría haber sido papa en 1670 de no haber contado con la decidida oposición de los Barberini, que le consideraban partícipe en la persecución de la familia tras la muerte de Urbano VIII. Me parece tremendamente significativo del clima reinante en la Roma papal que se señale como hecho cierto que muchos se opusieron entonces a Buonvisi por “no querer fuese papa un cardenal de costumbres angélicas”, consiguiendo sus adversarios el apoyo de los cardenales franceses Retz y Bouillon. Cuenta, por tanto, con el parecer contrario de Francia y de cardenales tan poderosos como Barberini o Rospigliosi. Pero con el apoyo relativo de Altieri, quién piensa que Buonvisi está en deuda con él por haberle hecho nuncio primero en Colonia, luego en Varsovia y finalmente en Viena durante el pontificado de Clemente X.

De Carlo Carafa se dice que es hombre “de señalada virtud y exemplar vida, fino vasallo del rey Cathólico de notoria calidad y Casa”. Ha sido, entre otras cosas, nuncio en Venecia y Viena y legado pontificio en Bolonia, “y en todas partes obró con gran satisfacción de todos”. Se tiene en gran consideración su “prontitud en tratar y despachar los negocios que están a su cargo” y el ser “ingenuo y claro en sus respuestas y modo de obrar y bien visto y estimado del Sacro Colegio”. Sería apoyado por Guisi, Barberini y Rospigliosi, y se dice que los franceses no se le opondrían pese a ser vasallo de España.

Queda entre los descartados Pietro Vidoni. De él se considera superfluo “referir las pasquinadas y libelos infamatorios y sátiras que en la pasada Sede vacante se publicaron contra él por ser demasiado notorias a todos, y si bien se debe creer aya sido efecto de malignidad, no se puede con todo eso negar que no sea un sugeto muy avaro, no menos

en el gastar que en el acumular”. De su época como nuncio en Polonia y en la legación de Bolonia “se mostró tan asido al dinero que... se puso en tal desorden y confusión toda aquella provincia que en el tiempo de su gobierno sucedieron gran número de omicidios y asesinamientos”.

Acto seguido, el memorial se centra en la figura de Neri Corsini, hombre con posibilidades por “su virtud y buenas calidades y de ser estimado de todo el Sacro Colegio”. Sin embargo, los franceses temen sus represalias ya que, cuando fue enviado a París como nuncio extraordinario de Inocencio X, fue detenido en Marsella y, después de ser encarcelado durante dos meses por el gobernador “con cien arcabuceros de guardias sin permitirle hablar con ninguno, le forzó a que saliese del reino”. La opinión general es que tales ultrajes fueron “una venganza del cardenal Mazarino por la mala satisfacciones [sic] que suponía haber recibido del papa Inocencio”. Se señala también que es muy amigo de Altieri.

Celio Piccolomini es el siguiente cardenal a tener en cuenta, “muy docto en materias legales y tiene conocimiento del manejo de los príncipes por haber sido nuncio en Francia, donde mostró gran valor en el ejercicio de aquel puesto”. Pese a esto último, no cuenta con el apoyo francés porque, en uno de los enfrentamientos entre Luis XIV y el papa “fue arrestado de orden del rey en modo de represalias, y después acompañado de muchos mosqueteros fue echado del reyno sin permitir que ninguno le hablase ni aún que le pudiera confesar”. Sería extraño, en consecuencia, que los franceses “quisieran papa a uno que ellos han ultrajado tanto, y algunos dudan que tampoco concurrirán los españoles”. Se añade que “en el gobierno de la legación dela Romaña y en el de la iglesia de Siena no se ha hecho amar mucho, siendo tenido por de natural recio y obstinado en sus operaciones”.

En cuanto al cardenal Giulio Spinola, vinculado al partido Imperial, se afirma que “es buen político, pero comúnmente no es tenido por sugeto de mucho valor”. Se destacan como defectos importantes la ingratitud, “que no ha estudiado mucho ni tiene grandes talentos naturales” y, que, peligrosamente, “estima y tiene su Casa al igual de qualquiera otra y si pudiese la ensalzaría quanto fuese imaginable”. Su hermano, el duque, “tiene gran número de hijos, es pobre cavallero, viviendo con lo que le da la reina de Suecia y con algunos percances que saca de ser el maestro de cámara, como también con los frutos de algunos bienes que posee en el estado del duque de Parma, hacia el qual profesa tanta dependencia, que si el cardenal llegase a papa, procuraría de

hacerle restituir el estado de Castro, lo qual podría acarrear gran perjuicio a la Sede Apostólica”.

Giannicolò Conti tuvo un hermano fallecido muy reputado en su momento por austríaco, si bien “ha mostrado toda su Casa gran devoción a la Francia y en tiempos del papa Alejandro VIII el cardenal Conti, entonces prelado, fue enviado vicelegado a Aviñón como sugeto grato a aquella corona y bien visto de la nación”. Lo peor de todo para Madrid es que “siempre ha mostrado más ser de genio francés con haver últimamente enviado desde Ancona a Mesina una cantidad grande de trigo propio, aunque en este particular se pueda escusar con decir que su principal mira aya sido de venderlo al más caro precio, como es verosímil en un romanesco”.

Respecto al cardenal Carlo Cerri nos encontramos ante un hombre que en los últimos treinta años ha sido auditor de la Rota. Sin embargo, “tal vez a tenido más consideración a sus conveniencias y de los suyos que a la Justicia. Es reputado codicioso de dinero y que en el pasado se ha dejado llevar de la sensualidad sin reparar en la publicidad”. Se le tiene por pro francés ya que uno de sus hermanos acompañó a los Barberini a su exilio parisino como maestro de cámara y allí “se estrechó en tanta confianza con el cardenal Mazarino que por medio de su autoridad obtuvo el poder introducir un hijo suyo por page de cámara del rey, que fue tenida por una especial gracia respecto de no haver habido exemplar que uno de tan bajo nacimiento hubiese podido conseguir un puesto semejante”. Según el informe, cuenta con el apoyo de Barberini, Rospigliosi y Azzolino, que parece ser pretende ser su secretario de Estado si es elegido papa. Tiene en contra a Guisi, a Altieri, quien “jamás concurrirá a la exaltación de una creatura de Rospillo”, a Carpegna, quien “hará quanto pudiere por excluirlo porque mientras ambos a dos eran auditores de Rota pasaron éntre los dos grandes disgustos y desazones”.

Del cardenal Buonaccorso Buonaccorsi se piensa que Guisi le tiene afecto, que es criatura de Rospigliosi y que Altieri le quiere bien, “pero no teniendo concepto, ni estimación, ni mérito, y siendo de un natural extravagante” nadie piensa seriamente que el Cónclave le tenga en cuenta. Del cardenal Camillo Massimo se dice que “piensa mucho en llegar al pontificado, pero otros piensan muy poco o nada en su persona”. La razón principal es que “se tiene por un sugeto lleno de vanidad y de poca sustancia y que sepa mucho menos de lo que se figura”. Por si fuera poco, “en su nunciatura de España pasó grandes disgustos”. Respecto al cardenal datario Carpegna “ha dado tan

poca satisfacción a la Corte en el ejercicio de su puesto y en el de vicario de Roma, que todos se duelen de su rústico modo de obrar”. Hasta tal punto de que “ninguno le desea papa y cada uno le dará la exclusiva”. De Mario Alberizzi, que “es tenido por sofístico, recio, amigo de novedades y de tal manera hipocóndrico, que nunca se halla tiempo ni hora de poder negociar con él”. En sus diversos oficios “dio poca satisfacción”. Sin embargo los cardenales Carpegna y Colonna “le publican por el hombre más docto del mundo y por un pozo de ciencia lo conducen al pontificado”. Cuenta con la oposición de Guisi, Barberini y “los españoles, que excluyeron al cardenal Farnese, su tío, no pueden con razón ver que este sugeto sea elegido papa”. En definitiva, “su pretensión al pontificado encontrará dificultades insuperables”.

A continuación el memorial se centra en el cardenal Alessandro Crescenzi, “de exemplares costumbres y un óptimo y buen cardenal. Pero no es bueno para papa después del pontificado de Clemente X y en tiempo en que la Sede Apostólica ha necesidad de un sugeto de mayor valor. Se afirma que “parece sea amado de los españoles u espera de no tener contrarios los franceses en consideración de haver sido siempre muy bien tratado en la Corte de Turín”, donde fue nuncio once años. Barberini, Rospigliosi y Guisi no se le oponen especialmente, pero “con todo eso tienen un concepto tan dévil que se tiene por muy difícil el que llegue a ser papa”. La lista prosigue con Bernardino Rocci, quien “ha dado siempre gran prueba de su virtud y capacidad que podría ser bastante a poder sostener el peso del pontificado, como ha sabido sostener con mucha gloria suya y con universal satisfacción la secretaría de la congregación de la inmunidad y la nunciatura de Nápoles, como la mayordomía de dos papas”. Es un hombre bien relacionado con España, ya que en tiempos del cardenal Rocci, su tío, le hizo merced S. M. Católica y le invistió a él y a su casa perpetuamente de la jurisdicción de San Juan en Flor en Calabria, que era una abadía suya y ahora la posee el presente cardenal, su sobrino. Es un hombre que puede ser apoyado por Barberini y Rospigliosi. Además, “la reina de Suecia y Azzolino publican haver cooperado grandemente a su promoción”. Las dificultades que presenta Nithard son dos. La primera –que, como veremos a continuación será descalificada- es “que después de un pontificado romano que ha destruido y aniquilado la Sede Apostólica no quieren otro papa romanescó”. La segunda es que siendo Rocci “mozo de 48 años, ningún viejo concurrirá, antes le será contrario por no querer sepultar las mismas esperanzas”.

¿Quién es de entre todos el que Nithard considera con más posibilidades de ser papa? El embajador no lo deja claro ni opta abiertamente por ninguno. Pero me parece que habla más extensamente del cardenal Benedetto Odescalchi, a quien califica además con los términos más positivos, como “un ángel de costumbres, apartado de todo interés, gran caritativo y limosnero con los pobres, rico de patrimonio mas pobre de parientes, teniendo un solo sobrino que le haze estar en Roma sin comunicar con nadie haziéndole hazer una vida de religioso”. Se le considera “muy zelante de la religión cathólica, procurando siempre que de la Sede Apostólcia sean asistidos los príncipes que tienen guerra con el Turco, para cuyo efecto ha mandado él mismo muchas veces de su propio dinero gruesas cantidades al rey de Polonia”. Como defecto de su candidatura se destaca que “a algunos no gusta su genio inclinado a la reforma, como sería necesario hacerla en Roma para que esta ciudad sirviese de edificación y no de escándalo”. Odescalchi podría haber llagado a papa en 1670 si no se le hubieran opuesto los franceses y el cardenal representante del Imperio, ofendido con su familia. Se afirma que “Barberini y Guisi concurrirán con mucha promptitud a su exaltación, y la mejor y más sana parte del Sacro Colegio le desea papa”. El último nepote también le apoyaría “porque siendo achacoso y de edad no podría vivir mucho, y Altieri daría tiempo a que se hiciesen algunas de sus criaturas, que por ser ahora mozos no pueden entrar en pretensión en el primer Cónclave”. Sus posibilidades vienen mermadas, sin embargo, por la más que posible persistencia de la oposición francesa³².

Cuando el memorial llega a manos del Consejo, es remitido al cardenal de Aragón, arzobispo de Toledo. Hombre experimentado en la materia y que, por estar en España, no asistirá al Cónclave. Don Pascual de Aragón-Córdoba-Cardona y Fernández de Córdoba se inclina por augurar una más que probable vitoria española en la elección papal, llegando a afirmar que “sin la voluntad del cardenal que tiene la voz de V.M. con la confianza entera no será exaltado ninguno, ajustándose a lo posible el desviar a cualquiera aun sin valerse del real nombre de V.M., porque los intereses de España serán la primera atención del Sacro Colegio”. Y es que el cardenal tiene el convencimiento de que si los cardenales que él conoció no han mudado su carácter, la tiara pontificia no recaerá “en sugeto que sea de corazón francés ni aun sospechoso, por lo lastimados que están todos de lo que les ha desfavorezido [Luis XIV] en repetidas

³² AGS. *Estado: Roma*, leg. 3052. s/ fol.

ocasiones”³³. El cardenal de Aragón, como quien no quiere la cosa, aprovecha la ocasión para desaprobar la pueril idea de Nithard de que se aborrece que el papa sea romano opinando, por el contrario, que “en aquella Corte siempre por sus naturales se apetece que lo sea el elegido natural del Estado Eclesiástico, porque éstos presumen que el caudal le gozarán los nativos y no vendrían los extraños a desfrutar lo que dan aquellos dominios”³⁴.

Sea lo que fuere, no hay nada claro en estos días de septiembre de 1676 en lo que concierne a quién será el próximo papa. Disponemos, no obstante, de una magnífica fuente que nos permite conocer de primera mano cómo se desenvuelven las negociaciones del Sacro Colegio en estos días. Me refiero a la obra *Conclave fatto nella Sede Vacante seguita dopo la morte di Clemente X, nel quale fu assunto al Trono Pontificio l'Eminentissimo & Reverendissimo Signor Cardinal Benedetto Odescalchi da Como, chiamato Innocentio XI alli 21 di settembre 1676*, publicada en Roma en 1677³⁵, a la que me seguiré refiriendo a menudo en las páginas que siguen.

Resulta muy interesante, en mi opinión, aclarar qué cardenales forman cada una de las facciones que luchan por salirse con la suya en el Cónclave. La facción española dispone de Nithard, Baden- Durlach, Portocarrero, Pio de Saboya –que representa los intereses del emperador Leopoldo I-, Raggi y Savelli. Además de contar con las simpatías de muchos de los cardenales creados por Alejandro VII y Clemente X. Entre quienes, tiempo atrás, Madrid había repartido abundantes pensiones³⁶. La francesa, por su parte, tiene seis cardenales en estos momentos: Bouillon, Bonzi, d’ Estrées, Grimaldi, Maidalchini, y Retz. La facción de cardenales venecianos tampoco es desdeñable. Sobre todo, porque Ottoboni, Barbarigo, Delfino y Basadonna “tienen orden de la Serenissima República, que mira siempre a sus intereses, de no deber desunirse de Francia”³⁷.

Estas facciones que defienden de forma clara los intereses del Católico y del Cristianísimo ofrecen, como vemos, un frente bien cohesionado. Pero hay otras dispuestas también a luchar en el Conclave, si bien son mucho menos unitarias y

³³ AGS. *Estado: Roma*, leg. 3052. fol. 223. Consulta del Consejo, Madrid, 4 de septiembre de 1676.

³⁴ AGS. *Estado: Roma*, leg. 3052. fol. 224. Carta del cardenal de Aragón, Toledo, 24 de agosto de 1676.

³⁵ En el libro no figura en ningún lugar el nombre de su autor. Se atribuye generalmente a Gregorio Leti, historiador y escritor satírico protestante italiano considerado mendaz e inexacto por la Iglesia Católica, que incluyó todas sus obras en el *Index Librorum Prohibitorum*. En toda la obra no he encontrado la menor crítica a la Iglesia, antes al contrario. Desconozco la fecha exacta de la conversión de Leti al protestantismo. Pero, o bien el libro es anterior a la misma y es obra de Leti, o la obra no es suya, Nota del Autor.

³⁶ Ludwig VON PASTOR, *Historia de los papas... op. cit.*, pág. 2.

³⁷ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, pág. 43.

disciplinadas, aparte de englobar en su seno a intereses, amistades y rencillas de toda especie. Para todos era un hecho evidente que “las facciones de los cardenales suelen estar divididas entre los que siguen a las coronas y otros que, profesando gratitud a los nepotes de papas fallecidos, les sirven con sus votos”³⁸. O lo que es lo mismo, los cardenales suelen guardar fidelidad al nepote del papa que los elevó a la púrpura. A nadie extraña, por tanto, que los Barberini tengan su propia facción, encabezada por el cardenal Francisco, sobrino de Urbano VIII, que incluye a los cardenales Carpegna el viejo, Gabrielli, Orsini el viejo, Facchinetti y Rosetti y que, dado el caso, puede contar con las simpatías del pro francés Grimaldi. El cardenal Giacomo Rospigliosi, nepote de Clemente IX, es apoyado por Acciaioli, Buonacorsi, Cerri, Palavicini³⁹, y seguramente por otro miembro de su propia familia: el joven –tiene 37 años- Felice Rospigliosi. El ex nepote, el camarlengo Altieri, y el cardenal Chigi, nepote de Alejandro VII, dirigen nutridos grupos. Pero la disciplina brilla por su ausencia en ellos dando origen a sendos subgrupos de cinco cardenales que no se atienen a ninguna orientación general, siguiendo tan sólo la suya propia⁴⁰.

A un nivel algo menor, pero también a tener en cuenta, encontramos la facción de los *escuadronistas*, formada según Pastor por los cardenales Cibo, Odescalchi, Raggi, Azzolini, Albizzi y Omodei⁴¹. El grupo escuadronista apareció tras la muerte de Inocencio X en 1655. En aquéllos días, un grupo de cardenales jóvenes que se autodenominaba la «facción de Dios» presentó un memorial que rechazaba el condicionamiento de la Corona reivindicando, por un lado, la propia neutralidad política; por otro, el derecho a elegir al más digno y merecedor de los cardenales. Irrumpía así en la escena política romana el llamado -la expresión la acuñó el duque de Terranova, el embajador español- *escuadrón volante*, que fue el uno de los principales protagonistas de ese Cónclave y de los sucesivos. Suele ponerse la etiqueta de «reformadores» a este grupo. Pero, como ha demostrado la investigación de Signorotto⁴², las dinámicas de la Corte de Roma en la segunda mitad del siglo XVII y el papel del escuadrón volante pueden contemplarse en toda su complejidad sólo si abandonamos la idea de que la crisis de la hegemonía española y el nacimiento de la

³⁸ *Ibid.*, págs. 2-3.

³⁹ *Idem.*

⁴⁰ Cfr. *idem.*

⁴¹ Cfr. *idem.*

⁴² “Lo Squadrone Volante. I cardinali 'liberi' e la política europea nella seconda metà del XVII secolo”, en Gianvittorio SIGNOROTTO y Maria Antonietta VISCEGLIA, (eds.), *La corte di Roma... op. cit.*, págs. 93-137.

hegemonía francesa son fenómenos que se suceden rápidamente. Y es que, a mediados del siglo XVII, puede apreciarse la ambigüedad de una fase en la que la potencia española todavía era fuerte y operativa en Italia, mientras que Francia aún estaba ocupada por las secuelas de la Fronda⁴³.

Como puede esperarse, otros soberanos católicos, caso del emperador, la reina Cristina de Suecia o los reyes de Polonia y Portugal, tratan de hacerse oír de alguna forma en estos momentos. Pero la batalla corresponde realmente a los eternos enemigos: Francia y España. Luis XIV, que ha tenido muchos problemas con Roma durante los años de Clemente X, ordena a los hermanos d'Estrées alinearse, en caso de necesidad, con la facción de los cardenales Chigi y Rospigliosi en contra siempre de la del camarlengo Altieri. El rey Sol llega al extremo de prohibir toda comunicación entre la facción francesa y cualquier cardenal criatura de Clemente X⁴⁴. La facción española, por el contrario y como era de esperar, cierra filas en apoyo del antiguo nepote Altieri.

Tras el solemne traslado ceremonial del cuerpo embalsamado del papa a San Pedro, las misas, procesiones y liberación de presos de rigor, comienzan las audiencias de condolencia de las principales naciones católicas ante el colegio cardenalicio. El 27 de julio el embajador francés, “con grandísimo cortejo, hizo una elegantísima oración”. El 28 el embajador veneciano representa “las condolencias de su República”. El 29 es el turno de Portugal y de otros príncipes⁴⁵. Significativamente el embajador español no lo hace. Y es que, en estos momentos, el único embajador español que podría hacerlo es Nithard. Pero tanto él como Portocarrero se encuentran en el Cónclave en su calidad de cardenales.

Las primeras negociaciones del Sacro Colegio comienzan el domingo 2 de agosto. Rápidamente comienzan a destacarse dos nombres de entre todos los que son considerados papables: los cardenales Cibo y Odescalchi. Ambos son íntimos amigos y célebres por sus buenas costumbres. Pero sus personalidades son bien distintas. Juega en contra del primero que se conoce que recibe pensiones francesas desde años atrás, y que tiene muchos “nepotes y muy pobres”⁴⁶. El segundo, por el contrario, es célebre por su rectitud, piedad y austeridad. Gozando, incluso, de una fama de santidad que, como

⁴³ Maria Antonietta VISCEGLIA, “Convergencias y conflictos. La Monarquía Católica y la Santa Sede (siglos XVI-XVIII)”, en *Studia Historica*, 26, 2004, págs. 187-188.

⁴⁴ Cfr. Ludwig VON PASTOR, *Historia de los papas... op. cit.*, pág. 2.

⁴⁵ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, págs. 91-92.

⁴⁶ *Ibid.*, pág. 11.

lombardo que era, le hizo ser llamado el Carlos Borromeo del Sacro Colegio⁴⁷. Tiene en contra, no obstante, ser “amigo más del discurso que del negocio, inclinado a la amistad de los frailes, con los que inútilmente consume en discursos ese tiempo que debería más útilmente emplear en obrar”⁴⁸. Cada uno de los dos, en resumidas cuentas, será defendido por una de las grandes facciones: París apoya naturalmente a Cibo y mira con hostilidad a Odescalchi, a quien ya vetó en el Cónclave de 1670 precisamente por ser vasallo de España. Madrid, por su parte, se une al *escuadrón volante* y al cardenal Altieri en su apoyo. Y es que el ex nepote, ante la hostilidad que le demuestran los franceses, se pone de acuerdo con el cardenal Nithard para promover a Odescalchi⁴⁹.

Este panorama se muestra cuanto menos complicado para el cardenal d’Estrées. La razón es que en esta contingencia se encuentra, en primer lugar, con “poca experiencia en la Corte, novicio en el Cónclave”. Y, además, en una posición de franca debilidad habida cuenta de muchos miembros de la facción francesa aún no han llegado a Roma, a la que se dirigen a marchas forzadas, por lo que “no podría sostener la mole de las negociaciones sin ayuda y consejo ni aunque fuera de talentos sublimes”⁵⁰. Es por ello que el cardenal galo protesta airadamente. Declara no tener nada contra Odescalchi. Pero sí contra los manejos de los españoles, alentados por Altieri, para colocar en el trono papal a un súbdito suyo. Por ello decide plantarse: o se espera la llegada de los cardenales de su facción, o usará la exclusiva contra Odescalchi⁵¹. Las votaciones, así amedrentadas por la presión francesa, se aletargan hasta la llegada de los cardenales Retz, Bouillon, Maidalchini y Bonzi el día 30 de agosto. Aún habrá que esperar hasta el 6 de septiembre, en que se produce la llegada del monegasco Grimaldi, para que el grupo pro francés esté completo.

Tan sólo tres días después Nithard informa a Madrid de un hecho inesperado: el “cardenal Ludovisio, que por seis años continuos trabajado de su profunda melancolía no ha salido de su casa ni admitido visita ninguna, se resolvió a entrar en el Cónclave repentinamente, y lo executó en 9 del corriente con admiración de todos, sospechando muchos era llamado de nosotros”⁵². Una sospecha de lo más natural, pues Ludovisi es

⁴⁷ Ludwig VON PASTOR, *Historia de los papas... op. cit.*, pág. 3.

⁴⁸ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, pág. 25.

⁴⁹ *Ibid.*, págs. 3 y 4.

⁵⁰ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, pág. 3.

⁵¹ *Ibid.*, pág. 5.

⁵² AGS. *Estado*: Roma, leg. 3064. fols. 309-311. Copia de un billete del cardenal Nithard, Roma, 19 de septiembre de 1676.

miembro de una familia vasalla de España en su calidad de duques de Sora, en el reino de Nápoles, y de príncipes de Piombino. No sería nada de extrañar que, ante la avalancha de cardenales que acude en defensa de los intereses del Cristianísimo, el rey Católico tratara de compensar la situación teniendo presente el “consejo, muchas veces discurrido y no siempre seguido, de constreñir a los cardenales vasallos a concurrir en el Cónclave a sostener con los demás faccionarios los designios e intereses reales”⁵³.

Según Nithard, Ludovisi ha actuado de tal forma movido por motivos “fundados en particulares y propios intereses suyos y de sus parientes y criados [con lo que] se desvaneció luego la sospecha arriba dicha y los vanos discursos que sobre ella se habían formado en el Cónclave y en toda Roma”⁵⁴. Me parece que, una vez más, el embajador no se entera de cómo funcionan las cosas en la Ciudad Eterna, y que su ineptitud respecto a cuestiones como esta es tal, que bien puede aplicársele esta afirmación: en estos momentos las facciones reales de Francia y España son “considerables de fuerzas y vacilantes de cabeza”⁵⁵.

De entre los grupos cardenalicios, el de los Barberini aparece como la más antigua y débil de todas⁵⁶. La facción de los escuadronistas ha sido muchas veces decisiva, pese a contar con pocos sujetos, por los grandes talentos de los mismos, hasta el punto de que han entorpecido negociaciones “y arruinado negocios conclusos cuando se deseaban para sujetos que no eran de su entero gusto”. Pese a ello, se augura que “en este Cónclave no podrán obrar las maravillas de que se jactaban en otros, pero consistirá todo su arbitrio en saber manejar bien su voto” uniéndose a alguna facción en la que puedan aparecer más como quienes mandan, que como quienes obedecen⁵⁷.

A nivel político, la cuestión de la rebelión de Mesina sobrevuela el Cónclave de un modo tan decisivo como podemos imaginar. De hecho, se tiene meridianamente claro en Roma que “los asuntos de Sicilia pueden tomar un cariz muy distinto dependiendo del carácter del futuro papa... y elevar la fortuna ruinosa y decadente de la Monarquía Española con censuras y otras armas espirituales que puede fulminar un pontífice contra los que son calificados de rebeldes” cuando ve las cosas del color “del vidrio de la pasión española”. Si tal cosa ocurre, puede temerse que Francia abandone la causa

⁵³ *Conclave fatto nella Sede Vacante...*, *op. cit.*, págs. 4-5.

⁵⁴ AGS. *Estado: Roma*, leg. 3064. fols. 309-311. Copia de un billete del cardenal Nithard, Roma, 19 de septiembre de 1676.

⁵⁵ *Conclave fatto nella Sede Vacante...*, *op. cit.*, pág. 5.

⁵⁶ *Ibid.*, pág. 6.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 7.

mesinesa, y que los rebeldes “con desesperación verdaderamente bárbara podrían echarse en los brazos del Turco para evitar la implacable severidad española”. Por lo dicho, se piensa que tanto a España como a Francia no le interesan tales extremismos, conviniendo a la las dos coronas “en las coyunturas presentes tener un papa, si no bien afecto, por lo menos neutral. Emplearán a tal con toda fuerza y moverán, como se suele decir, cada piedra para conseguirlo”⁵⁸.

Una vez que han llegado a Roma todos los cardenales que asistirán al Cónclave, comienza la hora de las negociaciones más apretadas. Los escuadronistas, por ejemplo, siguen buscando el apoyo hispano para Benedetto Odescalchi, especialmente el de Nithard, “embajador Cathólico, con ofertas de gran asistencia a los intereses de aquélla Majestad”. El objetivo claro es que Nithard escriba “a la Corte con la esperanza de conseguir resolución favorable de aquél Consejo Supremo”⁵⁹. Efectivamente, pronto los escrutinios favorecen tanto a Odescalchi, que muchos ya la creen papa. De hecho, “se aumentaron las guardias del Cónclave para mayor custodia del mismo en resguardo del mucho pueblo en concurso”. Sin embargo la agitación queda en nada cuando los cardenales Altieri y Chigi se retiran “como igualmente hicieron los españoles, que esperaban las resoluciones de la Corte de España”⁶⁰.

En este contexto le llegan por fin las cartas credenciales al conde de Melgar. Quien, debidamente acreditado como embajador extraordinario, puede ya acudir “a visitar al Sacro Colegio en el Cónclave”. Algo que no había podido hacer cuando lo hicieron los embajadores de todos los demás príncipes. El embajador, “hizo eruditísima oración rogando en nombre del rey su señor que se debía elegir cuanto antes al pontífice, y que el deseo de Su Majestad era que se debía elegir un sujeto de los más dignos y zelante del honor de Dios y del bien universal de todo el Cristianismo”⁶¹. Palabras estereotipadas y de casi idéntica naturaleza a las pronunciadas por el embajador francés días antes, por lo demás.

El día 10 de agosto Francia y España optan por apoyar a cardenales poco significados, seguramente para disimular sus verdaderas intenciones. La primera, por el cardenal Bonaccorsi “conocido por la nunciatura de Francia como hombre de recta intención, desenvuelto y conecedor como cualquier otro de los negocios de los

⁵⁸ *Ibid.*, pág. 16.

⁵⁹ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, pág. 61.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 104.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 149.

príncipes, cualidades considerables en un Vicario de Cristo”⁶². La segunda, mientras, parece inclinarse por el cardenal Cerri, “no recusado por franceses, querido por Barberino y con esperanza de dar gran ventaja a los españoles por medio de Portocarrero, su criatura, quien teniendo el secreto de la Corte de España se prometía de ello todo buen oficio”⁶³.

El día 11 los franceses se lanzan en apoyo de la candidatura de Facchinetti. Altieri consulta largamente sobre la posibilidad de apoyar esta nueva opción con los principales cardenales de España y del emperador, Portocarrero y Saboya respectivamente, quienes responden “no tener órdenes contrarias a este sujeto, pero que esperaban las últimas resoluciones de Su Majestad Católica, sin las cuales no podían juntarse ni excluir la persona de Facchinetti”⁶⁴.

Sea por una cosa o por otra, el Cónclave sigue sin llegar a ningún acuerdo. El día 17 “se publicó por todo el Cónclave e incluso por la ciudad que Odescalchi había sido declarado pontífice con 42 votos y que el mismo día se había de publicar, y no habría sido vana tal voz si no hubiera sido por su renitencia en no querer aceptar el papado, al que habría sido elevado esa mañana por todo el Colegio. Pero Su Eminencia, escudándose de no ser hábil para tanto peso” hizo terminar el día como los anteriores⁶⁵. El 19 llegan noticias de París. El cardenal Altieri demuestra su desconuelo porque una carta de reconciliación que había enviado a Luis XIV, “retornó a sus manos de la misma forma y modo en que Su Eminencia la mandó, no queriendo Su Majestad recibirla”⁶⁶. El rey Sol envía también instrucciones para sus cardenales, a los que ordena favorecer al “cardenal Odescalchi, rogándoles que, entre tanto, pensarán el modo de hacer concurrir a Altieri y asegurarse los de los españoles en caso de que sus votos no fueran suficientes”.

Un giro radical que, sin duda, parece absurdo a estas alturas. El rey de Francia, que había dado órdenes previas de que sus cardenales fueran siempre contra Altieri, pasa a apoyar ahora a una criatura suya. ¿Qué está sucediendo en realidad? Nada menos que Luis XIV ha caído en la hábil trampa urdida por los cardenales Altieri, Chigi y Rospigliosi. Los dos últimos han escrito a París fingiendo que el apoyo de Altieri hacia Odescalchi es una farsa que oculta su apoyo al cardenal Conti, el candidato de Cristina

⁶² *Ibid.*, pág. 151.

⁶³ *Ibid.*, pág. 152.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 155.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 159.

⁶⁶ *Ibid.*, págs. 160-161.

de Suecia. De forma inmediata, el monarca galo trata de bloquear a Altieri avisando a sus cardenales de que no tiene nada que objetar contra la elección de Odescalchi⁶⁷. De esta manera, creyendo salirse con la suya, lo que en realidad consigue es la victoria de todos sus enemigos en Roma. Porque además de ser el candidato de Altieri, como ya sabemos, Benedetto Odescalchi es apoyado por los escuadronistas y es vasallo del rey Católico. Pudiera ser también que el soberano francés hubiera decidido jugar a caballo ganador para evitar que el clamor del colegio cardenalicio, tan grande en estos momentos a favor de Odescalchi, le hiciera aparecer públicamente como derrotado si apoyaba a otro. Se por una cosa, por la otra, o por una suma de las dos, lo cierto es que el día 22 un representante del rey francés habla al Cónclave, representando que escogieran al mejor para que remediase “tantos escandalosos abusos introducidos no sólo en la Corte romana, sino en todo el cuerpo eclesiástico con tanto escándalo de los herejes y detrimento de la religión católica”. Pasa a continuación a describir solapadamente “las raras virtudes del cardenal Odescalchi, que casi lo pinta del vivo aunque sin nombrarle”. Esa tarde muchos cardenales van a besar la mano a Odescalchi seguros ya de su inminente exaltación⁶⁸. Tras una noche frenética en la que el cardenal lombardo sigue negándose a ser papa, el día 21 la votación vuelve a elegirle declarándole vicario de Cristo y Sucesor de san Pedro. Barberini, como decano del Colegio, es el primero en rendirle homenaje. A continuación, se le viste con los hábitos pontificios y, al preguntársele su nombre, responde que Inocencio XI por tomar el de su benefactor, quien le incluyó en el número de cardenales”.⁶⁹

A las siete de la tarde se permite concurrir al pueblo a la plaza de San Pedro dejando francos los accesos. Entre salvas de artillería y con todas las campanas de la ciudad tocando a gloria, “corrían las carrozas compitiendo una con otra, el pueblo volaba como si se tratase de adquirir un paraíso terrestre, no se oían más que voces de aclamación y estrépito de alegría, intentado llegar todos a la sacrosanta basílica de San Pedro, donde esperaban ver al nuevo pontífice electo”. Inocencio XI, por su parte, aparece con “una cara que movía más a la piedad y a la devoción... sin dar ningún signo de cualquier clase de vanidad o satisfacción, pareciendo más mortificado que alegre en el verse besado el pie sagrado de tantos ilustres y eminentes sujetos, cosa en verdad milagrosa,

⁶⁷ Frederick J. Baumgartner, *Behind Locked doors... op.cit.*, pág. 162.

⁶⁸ *Conclave fatto nella Sede Vacante... op. cit.*, pág. 162.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 165.

pareciendo imposible que un hombre pueda ver arrodilladas a sus pies las cabezas coronadas sin dar algún indicio, si no de orgullo, al menos de desmesurada alegría”⁷⁰.

Las deliberaciones de los cardenales han llegado a su fin. Tan difíciles han sido, que el autor, sea quien sea, del *Conclave fatto nella Sede Vacante...* afirma que “En verdad, si nunca hubiéramos creído inspiración divina la creación del papa, esta es la vez que debemos creerla tal, porque jamás se eran vistas tantas circunstancias peligrosas en otro Cónclave capaces cada una de hacer imposible el ajustamiento de las partes interesadas en toda manera sin estrépito, sin rumor, sin discordia, con pleno contento”⁷¹.

Así pues, parece que el cardenal que Nithard había señalado en su memorial para el Consejo como uno de los que tenían más posibilidades de ser el próximo papa, acabo por serlo. El embajador está convencido en estos momentos de que el flamante pontífice será pro español, ya que le ha declarado personalmente que tendrá a Carlos II bajo su protección y se ha vanagloriado de haber nacido vasallo suyo⁷².

¿Se trata realmente de una victoria española? Podría parecerlo. De hecho, algunos autores afirman que es una victoria personal de Portocarrero, de quien el cardenal Odescalchi habría sido el candidato encubierto desde 1670. En mi opinión, habría que matizar estas dos afirmaciones al tratarse también de un triunfo del *escuadrón volante* y de la presión ambiental. O, lo que es lo mismo, del deseo generalizado de tener como papa a un hombre como Odescalchi, tan famoso por su honradez y rectitud de costumbres como para ser considerado uno de esos *papas buenos* de la historia y beatificado en 1956. El que Francia tenga que transigir con su elección me demuestra además otra cosa: que su posición hegemónica en el continente le provoca una nueva debilidad en Roma. A España le sucedió lo mismo en la época de su mayor predominio europeo. Me parece algo tremendamente significativo, y que sirve a la perfección para demostrar lo que digo, que la facción de los escuadronistas, nacida precisamente para oponerse a los manejos de España sobre la Santa Sede, sea ahora quien se alfe con Madrid en contra de Luis XIV.

El que el rey Sol haya tenido que permitir la elección de Inocencio XI en contra de sus deseos queda también demostrado en los enormes problemas que se desatarán entre París y Roma durante el pontificado que se inaugura. El papa, amenazado con la pérdida de Avignon y Castro, romperá con Francia, apoyándose para ello en España. En 1687

⁷⁰ *Ibid.*, pág. 170-171.

⁷¹ *Ibid.*, pág. 172-273.

⁷² AGS. *Estado*: Roma, leg. 3064, fol. 423. Nithard al rey, Roma, 14 de noviembre de 1676.

Inocencio excomulga al rey Cristianísimo, y en 1689 Carlos II pondrá sus tropas milanesas al servicio papal. La consecuencia de todo ello es que, como ha señalado Dandélet, España, seguirá siendo la potencia hegemónica en Roma pese al eclipse de su poder real en Europa: en 1691 el príncipe Barberini vuelve a entregar la *Acanea* al papa, uno de los acontecimientos festivos en los que los Austrias españoles desplegaban con todo esplendor su aparato propagandístico en la capital del catolicismo; los Colonna siguen siempre situados junto al rey español; incluso los Orsini, tradicionalmente pro franceses, se acercan a España. El cardenal de Médicis es nombrado protector de Castilla, Aragón y Nápoles y cabeza de la facción española en el Cónclave de 1691, que elegirá –para nueva satisfacción de Madrid- a Inocencio XII (1691-1700). El apoyo del papado en España será tal en estos momentos, que el fin de la Casa de Habsburgo española en 1700 significará también el ocaso de la Roma moderna, que no encontrará patronos tan generosos como los Austrias y que se hundirá, a nivel diplomático, en una situación cada vez más marginal en el contexto europeo⁷³.

⁷³ Thomas J. DANDELET, *La Roma española... op.cit*, págs. 258-266.